

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Segundo grado
Ciencias Naturales

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Segundo grado
Ciencias Naturales

Un lugar para vivir

María Eugenia Paz y Miño

Cuentan que hace miles de años, entre las montañas de los Andes no había agua, y que animales y plantas se morían de sed.

Un cóndor, que vivía cerca del nevado Chimborazo, salió volando hasta el mar y cuando llegó, le dijo:

—Mama Cocha, Madre Agua, allá en la Sierra todo está seco, ¿serías tan amable de compartir con nosotros un poco de tu agua preciosa?

Entonces, la Mama Cocha movió sus manos y sus pies tan extensamente como pudo y cada lugar que tocaba se convertía en lagos, lagunas, ríos, manantiales, cascadas. ¡Qué bellos quedaron los paisajes, llenos de encanto, llenos de vida!

La Mama Cocha le pidió al cóndor que fuese por siempre el guardián de las aguas de las alturas, y él aceptó con agrado.

Hasta muy lejanas tierras llegó la noticia de que en los Andes la naturaleza se había vuelto hermosa y fértil. Por eso, toda la zona de la actual serranía ecuatoriana empezó a poblarse.

Cada pueblo se vistió con diversos colores: amarillos, azules y rojos; verdes, anaranjados, violetas. Cada pueblo se inventó cantos de agradecimiento, de felicidad.

El cóndor, muy complacido, volaba de un lugar a otro al son de la bocina, el bombo, el *ruku pingullu*...

María Eugenia Paz y Miño (1959). Escritora, ensayista y antropóloga ecuatoriana. Entre otras obras ha publicado *Siempre nunca*, *Golpe a golpe*, *El uso de la nada*, *Tras la niebla*, *Chateando con la luna* y *El mal ejemplo y otras vainas*.

El sol y la luna se van a casar

Jaime Eduardo Castellanos Villalba

Papá ratón llegó contando que el sol y la luna se van a casar.

Mamá ratona dijo que ese matrimonio no duraría, porque separado el sol de la luna siempre estaría.

Abuela ratona dijo que tendrían como hijas las estrellas e hijos los cometas y como padrinos ella quería fueran los planetas.

El ratoncito mayor dijo que todos estaban equivocados, porque el sol se casaría con una “sola” y la luna con un “luno”; el sol tendría hijos, y tendría tantos, que con noche no quedaría lugar alguno.

Grillos, sapos, renacuajos, ranas y búhos no tendrían más noches para cantar, y por eso el ratoncito mediano se puso a llorar.

Papá ratón llamó a la cordura. No había pareja para ellos, porque no se conocía ningún otro sol, ni otra luna. Quizás en otra galaxia, pero más de cien mil años esa búsqueda dura.

Y para terminar esta querella, el ratoncito más pequeñito sueña, con que la luna se enamore de una estrella y el sol de una flor bien bella.

Tomado de <https://goo.gl/64JvKB> (12/02/2018)

Jaime Eduardo Castellanos Villalba (1957). Escritor colombiano de cuentos infantiles.

A mi amigo diente

María Fernanda Heredia

Hace una semana perdí un diente de leche. Mamá me dijo emocionada:

—Colócalo bajo tu almohada y mañana recibirás una sorpresa del ratón Miguelito.

Así lo hice, y a la mañana siguiente, apenas desperté, retiré la almohada de su sitio y algo terrible había sucedido:

—Mamááááá, ¡ven pronto! El ratón Miguel ha robado mi diente.

De inmediato mamá entró en mi habitación y comprobó lo que yo le había dicho.

—Pero Lalo —me dijo sonriente—, es verdad que el ratón Miguelito se llevó tu diente, pero a cambio te dejó unas monedas para que puedas comprarte lo que quieras.

—No mamá, no me comprendes —le contesté—, yo no quiero dinero, quiero a mi diente de vuelta. Ese ratón es un ratero. Mamá acarició mi cabeza y me dijo:

—Un diente fuera de su sitio no sirve para nada. Ya deja de quejarte, porque lo mejor que puede haber sucedido es que el ratón se lo haya llevado. No había caso, mamá no me entendía.

Las noches siguientes traté de mantenerme despierto por si el ratón volvía, pero nunca apareció. Incluso llegué a poner pedacitos de queso bajo la almohada, pero lo único que gané fue una discusión con mamá por ensuciar las sábanas. Cuando mamá dijo que recibiría una sorpresa del ratón Miguel, nunca imaginé que mi diente iba a desaparecer.

Ya han pasado algunos días y aún lo extraño. Todas las mañanas, mi diente y yo nos mirábamos al espejo. Me encargaba de pasarle el cepillo tres veces al día para que se viera guapo, limpio y brillante. Cuando yo sonreía, él era el primero en compartir mi alegría. A los dos nos encantaban los dulces.

Desde que él se fue, cuando me miro en el espejo, lo único que descubro es un agujero negro en medio de la sonrisa.

—No te preocupes Lalo —dice mamá—, un diente nuevo aparecerá en su lugar, todo quedará como antes y volverás a ser el mismo. Quizás mamá tiene razón y todo es cuestión de esperar un poco. Ah, casi lo olvidaba... con el dinero que me dejó el ratero-ratón Miguel, compré un gato, se llama Eusebio. Desde hace algunos días, mi gato duerme en mi habitación. Ya quiero ver al ratón Miguel cuando se le ocurra acercarse de nuevo a mi cama.

Tomado de Heredia, M. (2000). *A mi amigo diente*. Quito: Grupo Santillana S.A.

María Fernanda Heredia (1970). Escritora, ilustradora y diseñadora gráfica ecuatoriana. Ha ganado cinco veces el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Darío Guevara Mayorga.

El concierto de los grillos

Óscar Alfaro

Con su carga de sonidos
ya se acercan
dando brincos.

Son los músicos nocturnos
embriagados de rocío.

El más grande
lleva el ritmo
moviendo las dos batutas
de sus antenas de vidrio.

Campanillas
y platillos
y un diluvio
cristalino
de canciones y de risas
y de notas y de trinos.

Ya se apagan
las brasas del infinito.
Finaliza
el concierto de los grillos,
y por todos los caminos
se van llevando a la espalda
sus instrumentos divinos.

Tomado de <https://goo.gl/KhrHzQ> (30/01/2017)

Óscar Alfaro (1923-1963). Poeta y cuentista boliviano conocido en América Latina por sus obras para niños. Entre sus obras tenemos *Cuentos*, *Cien poemas para niños*, *Alfabeto de estrellas*, *Cajita de música*, *Bajo el sol de Tarija*, entre otras.

Los amigos pequeños

Manuel Agustín Aguirre

Bigotillo de ciempiés,
el ratoncito en la cueva,
y la cigarra tocando
su guitarra de cerda.

La lombriz con su bastón,
tanteando como una ciega.
El grillo salta que salta
con sus pintadas muletas.

Sube y baja el caracol,
sus botas de siete leguas.
El gusano encoge y tira
su acordeón, que nunca suena.

Lleva en el dedo un anillo
de brillantes, la luciérnaga.
Y el sapo orondo, de un golpe
se traga la luna llena.

Tomado de Jiménez Gaona, A. (2016). *Literatura Ecuatoriana II. Texto-Guía*. Loja: UTPL.
Manuel Agustín Aguirre (1904-1992). Escritor, político y catedrático ecuatoriano. Publicó en 1935 el libro de poemas para niños *Pies desnudos: poemas de infancia*.

Juaco el ballenero

Rafael Pombo

Yo soy Juaco el ballenero
que hace veinte años me fui
a pescar ballenas gordas
a dos mil leguas de aquí.

Enorme como una iglesia
una por fin se asomó,
y el capitán dijo: ¡Arriba!
Esa es la que quiero yo.

Al agua va el capitán
con su piquete y su harpón,
lavándose antes los ojos
con unos tragos de ron.

Al verlo alzar la botella
se consumió el animal,
y dieron vueltas y vueltas
sin encontrar ni señal.

Cuando de repente ¡zas!
Da el pescado un sacudón
y barco y gente salieron
como bala de cañón.

La luna estaba de cuernos
y hasta allá fueron a dar,
y como jamás han vuelto
debióronse de quedar.

Cuando vayas a la luna
busca a mi buen capitán
con su nariz de tomate
y su barba de azafrán.

Dile que este pobre Juaco
no lo ha podido ir a ver
porque no sabe el camino
ni tiene un pan que comer.

Y si viniere un correo
de la luna para acá,
mándame una limosnita
que Dios te la pagará.

Tomado de <https://goo.gl/tJuvBM> (06/02/2018)

Rafael Pombo (1883-1912). Escritor colombiano de literatura infantil, poeta romántico, fabulista, pensador, traductor y diplomático.

Tortuguín vuelve a casa

Javier Peñalosa

Doña Tortuguinda y don Tortugón
tienen un hijito, lindo y barrigón.
Tortuguín Caguama se llama el pequeño
es alegre, activo, travieso y risueño.

Cierta noche el chico, bajo una gran luna
se alejó a hurtadillas de la azul laguna.
Mientras caminaba, le invadió un profundo
deseo de aventura: —¡voy a correr mundo!

De pronto un gran susto lo sacude entero,
pues ve que se viene abajo un lucero.
Y no solo uno... dos, tres, cuatro, cinco...
¡Un diluvio de astros! Escapa de un brinco.

Va despavorido; no ha visto el tontuelo
que eran seis luciérnagas descendiendo al suelo.
Más tarde ve algo especial el muchacho:
—Esas son tortugas, veo su carapacho.
Están enconchadas, y ¿por qué harán tal?
(No se ha dado cuenta que es un pedregal).

Pero, a poco tiempo, un camión oruga
viene a alzar las piedras... ¡Él se pone en fuga!

Tortuguín Caguama, en su miedo atroz,
viene a dar al bosque, trémulo y veloz.

El cielo se nubla lentamente. ¡Buena
la hemos hecho, niño! ¡Oye como truena!
—Y ahora ¿qué hago? ¿Cuál es el camino
de regreso? —piensa, confuso y mohíno.

Cae el aguacero con furia importuna...
el agua es sabrosa... ¡pero en la laguna!
Llora, llora y llora; gime, gime y gime.
Pero ¿quién te manda buscarte esto, dime?

Tan nutridas lágrimas, lluvia tan nutrida,
hacen que se inunde el bosque enseguida.
Poco después flota Tortuguín y siente
que lo arrastra el agua de aquella corriente.

¿Adónde camina? Parece que a una
ladera que baja hacia la laguna.
¡Ah, sí! En esta vida, el mal pronto pasa.
¡El niño tortuga ha vuelto a su casa!

—¿Dónde estabas, hijo? — pregunta su madre.
—¡Ya nos angustiábamos! —añadió su padre.
Tortuguín explica: —No tengan cuidado,
que desde esta noche quedé escarmentado.

El niño decide siempre obedecer...
—¡No más escapadas ni mundo correr!
Doña Tortuguinda y don Tortugón
están encantados con tal decisión.

Tomado de Peñalosa, J. (1962). *Tortuguín vuelve a casa*. México: Novaro Editores-im-
presores.

Javier Peñalosa (1921-1977). Poeta y narrador. Formó parte del grupo de los Ocho
poetas mexicanos. Colaboró en *México en la Cultura de Novedades*, *Nivel*, *Ábside*. Co-
fundador de las revistas *Acento* y *América*.

Caracol-Lito gruñón

Ana Cristina de la Torre

Había una vez un hermoso jardín lleno de flores de todos los colores. Entre el pastito y las flores de este hermoso jardín, había una ciudad que se llamaba Villa Bichito. Villa Bichito era una población con muchísimos habitantes alegres y trabajadores. En la Avenida de las Rosas, la calle principal, se alineaban los comercios más antiguos:

Punto Arroz, la coqueta boutique de Arañita Penélope.

La Cuerda Afinada, casa de música de Grillito Cri-Crí y Chichita Chicharra.

El Chupetín Sonriente, fábrica de dulces y caramelos que dirigía Abeja Melania.

Las Botas de Siete Leguas, moderna zapatería que pertenecía a Patitas Ciempiés...

El sol mandaba sus rayitos dorados a bailar entre los edificios y un suave vientito perfumado bailaba con las mariposas. Todos vivían contentos y felices en la Villa. Todos, menos Caracol-Lito, que siempre estaba enojado. Nunca se detenía a aspirar el aroma de las flores, tampoco se entretenía viendo cómo el viento amacaba las margaritas... En realidad, Lito era un caracol cascarrabias.

—¡Buenos días, Lito! —lo saludaban sus vecinos.

—¿Buenos?... —gruñía.

—Lito, ¡escucha qué bonita música! —decía Grillito Cri-Crí tocando su violín.

—¡Música! ¿Tienes el coraje de llamar música a ese bochinche infernal? —gritaba el rezongón.

—Lito, he aprendido un punto nuevo. ¿Quieres ver la tela que acabo de tejer? —preguntaba Penélope.

—¿Tejidos, puntos nuevos? ¡Bah! ¡Harías bien charlando menos y trabajando más! —protestaba Lito, mientras seguía caminando con su casita a cuestas.

Todos los bichitos apreciaban a Caracol-Lito, pero nadie sabía qué hacer para alegrarlo. Ya estaban un poquito cansados de su malhumor constante, de sus ásperos rezongos, de su cara de limón. Hasta que un día llegó un forastero a Villa Bichito. Se llamaba Escarabajo Lupa, y era un detective muy famoso que había recorrido todo el mundo. Se instaló en la Callecita de las Violetas, y en la puerta de su casa puso un cartel que decía: “Escarabajo Lupa — detective privado. Investigaciones y solución de casos difíciles.”

—Quizás el señor Lupa pueda ayudarnos a descubrir la causa del enojo de Caracol-Lito —dijo Chichita Chicharra a sus amigos, mientras tomaban refrescos de jazmín en la confitería.

—¡Es cierto! —asintieron todos con entusiasmo.

Y sin más ni más, Chichita y Penélope se retocaron un poquito el maquillaje y fueron a visitar al famoso detective.

—¡Hummm! Es un intrínquilis intrincado, pero lo resolveré en un tristrás —expresó Escarabajo, después de escuchar a sus preocupadas clientes. Se puso una gorra con visera, tomó un vidrio de aumento, un lápiz y una libreta azul, y encendiendo su pipa se dirigió a cumplir con la investigación. Durante tres días siguió los pasos del caracol cascarrabias: estudió sus costumbres, escuchó sus berrinches, conversó con sus amigos, anotó muchísimas cosas en su libreta azul...

—¡Ya está! —dijo por fin— ¡Intrínquilis resuelto!

En seguida mandó llamar a Penélope y a Chichita.

—Señoras —preguntó—, ¿cuántas veces se han mudado ustedes de casa?

—A mí me gusta cambiar de casa todas las primaveras —contestó Chichita.

—Yo me mudé solo dos veces, pero todos los años cambio los muebles, las cortinas y el color de las paredes —dijo Penélope.

—¡Ejemmm! —carraspeó Lupa. Y... ¿cuántas veces se mudó Caracol-Lito, o pintó su casa o cambió las cortinas?

—¡Nunca! —exclamaron las dos a coro.

—Pues bien, señoras, esa y solo esa es la causa del mal humor de Lito. Está muy aburrido de vivir siempre en la misma casa, tan chiquita que no puede pintarla, ni poner muebles, ni colgar cortinas... Además está requetecansado de llevarla siempre a cuestras. Si solucionamos este problema, Caracol-Lito se convertirá en el bicho más alegre del mundo —aseguró el detective.

Esa noche hubo una reunión urgente y secreta en casa de Hormiga Negrita. Todos estaban allí. Después de largas deliberaciones llegaron por fin a un acuerdo: Faltaban pocos días para el cumpleaños de Caracol-Lito, y acordaron prepararle una sorpresa. Toda la semana trabajaron los bichitos para transformar una vieja tetera en una hermosa residencia. Las orugas, haciendo fuerza todas juntas, la trasladaron a la calle principal. Los bichos-canasto le pusieron un techo de paja. Las abejas fabricaron vidrios de caramelo transparente para las ventanas. Un ejército de mariposas pintó todas las paredes. Las hormigas fabricaron muebles con ramas y piedrecitas. Las luciérnagas pusieron la instalación eléctrica. Las arañas tejieron cortinas y tapices...

La mañana de su cumpleaños, Caracol-Lito se levantó temprano. La Villa estaba desierta.

—¡Qué buenos amigos tengo! ¡Ninguno se acuerda de mi cumpleaños! —rezongó.

Comenzó a caminar muy despacito. Estaba más enojado que nunca y bastante tristón. Cuando llegó a la Avenida de las Rosas vio una elegante casa china con forma de tetera. ¡Era realmente preciosa! Toda adornada con banderitas de colores, el parque inundado de flores, una primorosa veleta en el tejado... ¡Hasta tenía un garaje para casa rodante!

—¿Quién vivirá aquí? —se preguntó curioso.

Al acercarse leyó sobre la puertita de la verja: Nueva residencia de Caracol-Lito.

—¡Esto es muy raro! —pensó, mientras se decidía a entrar para investigar. Todo estaba muy oscuro. Encendió la luz.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! ¡Feliz Cumpleaños! —empezaron a gritar todos los amigos, que parecían brotar de todos los rincones de la casa.

Tomado de De la Torre, A. (1991). *Caracol-Lito gruñón*. Buenos Aires: Editorial Atlántida S.A.

Ana Cristina de la Torre. Autora argentina de minicuentos infantiles.

El desfile de frutas y verduras

Silvia Carrera

Julián odiaba las verduras. No le gustaba la sopa. A la hora de comer se escondía bajo la cama. Su abuelo lo descubría porque sus zapatitos rojos lo delataban.

Julián prefería jugar con sus crayones. Dibujaba ositos de colores y paisajes en las paredes de la sala y el comedor.

Su abuelito lo regañaba:

—¡Mijito, no dañe las paredes, mejor venga a comer una rica sopita recién hecha por la abuelita. Julián lloraba porque no quería comer.

Cuando la luna salió, Julián fue a la cama; su abuelito con un abrazo fuerte chocaba despacito su frente contra la suya diciéndole:

—¡Topa, topa ternerito!

A medianoche, el niño tuvo un maravilloso sueño. Un brócoli gigante muy elegante presentaba una función: ¡Señoras y señores, niños y niñas, con ustedes el fantástico desfile de las frutas y verduras!

Julián, con mucho asombro, observaba el *show*. Descubrió ante sus ojos la gran variedad de colores: naranja como el sol, rojo como el tomate, y el verde lo encontraba en las frescas peras y lechugas. Además de mirar colores descubrió que los alimentos tenían fragancias deliciosas.

Al día siguiente Julián se sentó sin chistar en la mesa. Su abuelito le preparó una ensalada de frutas en la que pudo contemplar colores intensos.

Desde entonces, cada color tiene un delicioso sabor.

Silvia Carrera de la Torre (1977). Escritora, ilustradora y diseñadora gráfica ecuatoriana. Autora del libro infantil ilustrado *Dulce brisa*, relacionado con el tema de reinserción familiar y adopción.

Un niño y el mundo microbiano

Bryan Fernando Castillo

Había una vez un niño llamado Pedro que estudiaba en una gran escuela. Pero Pedro tenía muchas mañas, entre ellas, no quería lavarse las manos y escupía en donde sea.

Al amanecer, Pedro se alistaba para ir a la escuela. Al salir de su casa siempre escupía donde quiera, y hacía lo mismo al llegar a la escuela y en el recreo.

Cuando Pedro utilizaba el baño o hacía cualquier cosa, nunca se lavaba las manos, y cuando comía su refrigerio lo hacía con las manos sucias.

Sus mejores amigos, Lucas y Medardo le decían:
—Lávate las manos, es muy importante lavarse las manos.

Pero Pedro no obedecía ningún consejo.

Un día Pedro, ante tanta insistencia de sus amigos, les preguntó:

—¿Por qué es bueno lavarse las manos y no escupir en cualquier lugar?

—¡¡¡Porque así previenes muchas enfermedades!!! —contestaron juntos Lucas y Medardo. Pero Pedro no sabía que ya era demasiado tarde.

Al día siguiente, Pedro enfermó y sus amigos le aconsejaron que se fuera al Centro de Salud a sacar un turno para un chequeo médico. Pedro se fue con el doctor. Al revisarlo se sorprendió porque Pedro tenía una enfermedad por su mala higiene.

El doctor le explicó que en su cuerpo hay muchas bacterias que son buenas, lo ayudan y protegen de las enfermedades.

—Pero ellas solas no pueden, las tienes que ayudar. Y para mantener tu cuerpo y el de tus amigos sanos —le dijo el doctor— debes lavarte bien las manos y no escupir en donde sea.

—¿Por qué no puedo ver a las bacterias? —preguntó Pedro con asombro.

—Porque las bacterias son tan micro-pequeñas que no las podemos ver.

Desde ese día Pedro entendió cómo cuidar su salud. Ahora le encanta escuchar charlas sobre el mundo microbiano y aconsejar a otros niños.

Tomado de <https://goo.gl/8zLDQg> (20/02/2018)

Bryan Fernando Castillo. Alumno de la Unidad Educativa Juan Montalvo.

